

La Guirnalda Polar

La Redvista Electrónica de Cultura Latinoamericana en Canadá
Los Tesoros Culturales del Mundo Hispanohablante

Drogas y posmodernidad - Los buceadores del paraíso artificial

Artículo por Gabriel Cocimano

Drogas y posmodernidad
Los buceadores del paraíso artificial

Desde la antigüedad hasta nuestros días el consumo de drogas ha tenido una aureola de perversa atracción en el hombre. De la ingesta de sustancias psicoactivas con fines religiosos o existenciales, de su utilización terapéutica a la intención de obtener estímulo o placer, de su uso como moda o respuesta contracultural a las tendencias sociales, la ingestión de éstas sustancias se ha ido masificando, a tono con la exaltación consumista que propone nuestra época. La droga emblemática de la posmodernidad acaso sea el éxtasis, porque idealiza el mundo joven y hedonista, sacraliza el poder y contempla la opción de convertir al cuerpo en mercancía- en objeto de desenfreno y descontrol.

La relación del hombre con las sustancias alucinógenas o narcóticas proviene del remoto pasado. Desde la antigüedad, los individuos prominentes consumían sustancias que unas veces los calmaban y otras los excitaban, que combatían lo que hoy llamamos la ansiedad y el estrés; y los existencialistas denominaron angustia vital- o le insuflaban ánimo, alegría, energía o vigor. De la función terapéutica a la intención de obtener placer, o a partir de una búsqueda de tipo existencial, las drogas han tenido un extraño sabor de perversa atracción en el hombre de todas las épocas.

Ya Dionisio hacía las veces de oficiante en las celebraciones realizadas en su honor. Dios griego asociado a la embriaguez extática, enteogénica, cientos de poetas han descrito las visiones provocadas por la ingestión de los alcaloides que se consumían en aquellos rituales orgiásticos. La farmacia utópica moderna expresa Enrique Ocaña - ha sido el antro donde Dionisio ha celebrado su último renacimiento, generando utopías que oscilan entre la sabiduría trágica y el nihilismo narcótico. Pero el dios de la ebriedad ya no es sólo expresión de júbilo y plenitud, sino también iglesia para los desesperados, vehículo para evadirse de una aciaga realidad;

Las leyendas describen las pociones mágicas de los curanderos, los filtros de las brujas, los ungüentos de hechiceros y alquimistas en la búsqueda de ciertos estados alterados de conciencia. Algunos han hablado de estados superiores de la psiquis, de hiperlucidez; otros, del momento de inspiración, del instante de iluminación, de transmutación de las conciencias. La literatura poética del mundo entero expresaba Louis Pauwels en los psicodélicos años 60- reboza de testimonios sobre estas bruscas iluminaciones. ¿Y cuántos hombres, que no son ni poetas ni místicos, han sentido que, durante una fracción de segundo, rozaban aquel estado?;

Grandes obras literarias habían acompañado las experiencias de muchos escritores con las sustancias alucinógenas. La tradición de la literatura inspirada en la droga comenzó en el siglo XIX con el poeta Coleridge y con Thomas De Quincey y Wilkie Collins en Inglaterra, y Edgar Allan Poe en Norteamérica. Hacia 1840 se mudó a Francia con la generación de Baudelaire, Gautier y Nerval. Se acentuó más tarde, con la generación beat: Jack Kerouac, William Burroughs y Allen Ginsberg. Hasta ese momento, la droga había sido consumida como una experiencia personal, íntima, incluso secreta, como en el caso de los grupos ocultistas en los que participaban hombres de la talla de W. B. Yeats y Aleister Crowley. Pero, a mediados del siglo XX, se produce un quiebre; la novedad de los años 50 y 60 consistió en que la invitación al lector se hacía muy manifiesta. Esto sucedía de dos maneras: una fue la de Ginsberg, Burroughs y Kerouac y gran parte de la generación de la psicodelia. Fue primordialmente un acto de protesta, un acto político que invitaba a rechazar los horrores y defectos de nuestra civilización. Tenía todo el sabor romántico de los hippies. La otra fue la de Aldous Huxley, Timothy Leary y Alan Watts: una experiencia en que la mística y la ciencia se

combinan” .

A lo largo del tiempo, los términos utilizados para designar lo que genéricamente denominamos drogas han sido múltiples, y no siempre correcta su aplicación. Así, las drogas psicoactivas objeto de los primeros estudios realizados a partir de mediados del siglo XIX, cocaína incluida, recibieron el nombre genérico de narcóticos, cuando la etimología de dicha palabra –narcosis, dormir- es inapropiada en relación a los efectos que causa. Lo mismo sucede con el término alucinógeno, cuyo verdadero significado es “ofuscar, seducir o engañar haciendo que se tome una cosa por otra”. La palabra psicodélico –de delon, mostrar- hace alusión a la manifestación de elementos psíquicos que en condiciones normales están ocultos, a la estimulación intensa de potencias psíquicas. Pero se halla indisolublemente ligada a la cultura pop sesentista, y no parece congruente descontextualizarla. El término enteógeno, creado en 1979, procede de la palabra griega entheos –Dios adentro- y designa aquellas drogas que producen visiones, y de las cuales pueden mostrarse que han figurado en ritos religiosos o chamánicos . El término fue acuñado por Robert G. Wasson para diferenciar los compuestos psicoactivos usados con fines de revelación o trascendencia de otros usados como meros estimulantes.

A partir de fines terapéuticos, lúdicos, religiosos o existenciales, el consumo de drogas ha estado presente desde la antigüedad, y constituye un fenómeno crucial en el desarrollo de las sociedades contemporáneas, sobre todo desde mediados del siglo XIX.

Hongos alucinógenos utilizados en los rituales chamánicos. El opio y su uso terapéutico. El hachís, la hierba que haría furor en la Francia de mediados del siglo XIX. La morfina, sustancia dominante en los ambientes más vanguardistas de su época. La cocaína y su vértigo, ya entrado el siglo XX. El peyote y Antonin Artaud, la mescalina y Aldous Huxley, la experiencia lisérgica y los hippies. Y el éxtasis, el furor de la posmodernidad. De la ingesta de sustancias psicoactivas con fines religiosos en la antigüedad, al uso lúdico e irresponsable que ha adquirido en el último siglo el conjunto de compuestos englobados bajo la denominación de drogas, han recorrido las sociedades y las culturas un largo camino a través del tiempo. Acaso la definición de Grellety sobre la neurosis como una “característica de las generaciones decadentes entregadas a la búsqueda de falsos paraísos” defina con exactitud nuestro tiempo actual, dominado por la incertidumbre y la ausencia de futuro.

En muchas culturas, los estados modificados de conciencia han constituido un elemento básico en la vida cotidiana de sus comunidades, una práctica ritual y, asimismo, un camino espiritual para conectarse con la dinámica cósmica. Los enteógenos, según parece, han sido y son un medio más para lograr modificar el estado ordinario de la conciencia. Pero existen otras sustancias psicoactivas y también medios mecánicos para alcanzar estados similares, como la meditación o la respiración holotrópica. Aquellos defensores de la enteogenia afirman que, mediante la ingesta de alcaloides psicoactivos, se puede experimentar directamente lo sagrado, el efecto de lo divino. Wasson, a su vez, dedicó muchos años de trabajo a demostrar el papel de los hongos sagrados en la aparición de las religiones .

En pleno siglo XX, ciertos intelectuales manifestaron sus inquietudes respecto de la importancia de las drogas en las manifestaciones religiosas y culturales de la humanidad. Aldous Huxley, uno de los pioneros en el campo de la psicodelia, vislumbraba una sustancia que transfiguraría al mundo y despojaría al ser humano de sus miedos, lográndolo abrir a la belleza de la vida. En los años ’50 escribió “Las puertas de la percepción”, un ensayo sobre su experiencia visionaria con mescalina, el alcaloide visionario del peyote. Poco antes, había publicado su notable novela “Un mundo feliz”, en donde describía la utilización del soma, la droga ideal, “eufórica, narcótica, agradablemente alucinante”, una sustancia que no dejaba secuelas incómodas o destructoras, y permitía mantener un statu quo social libre de inestabilidad e inquietudes subversivas. En ese paraíso artificial, en esa sociedad que había eliminado el sufrimiento en todos sus aspectos, nadie consumía alcohol, tabaco, heroína, cocaína ni cualquier otra droga imperfecta.

La obra es, en realidad, una ironía a la vez que una visión alucinada de una humanidad deshumanizada, una virulenta crítica a la sociedad de consumo, a la manipulación totalitaria y la eliminación del pensamiento metafísico.

Como ruptura dentro de los esquemas sociales de su época, la contracultura floreciente durante los años ’60 estuvo fuertemente impregnada por la experiencia psicodélica . En esos años –que fueron, en palabras de Gilles Lipovetzky, “el saque del posmodernismo”- se consolida la cultura pop,

indisociablemente ligada al concepto de consumo. Según Usó, la dietilamida de ácido lisérgico (LSD) y otras sustancias similares fueron empleadas con profusión por psiquiatras, farmacólogos y otros especialistas, en el terreno clínico y de la investigación científica, pero se dejó de utilizar como fármaco porque escapó del control de sus manos y se extendió por la calle, popularizándose su consumo. Pero la experiencia psicodélica es algo más que un simple elemento de la cultura pop. Los psicodélicos o enteógenos no son sustancias que actúen en el organismo al modo de las drogas heroicas tradicionales (heroína, cocaína) sino que obran efectos profundos sobre la mente y el espíritu. De hecho, para muchos pueblos todavía no contaminados por misiones fundamentalistas, constituyen vehículos de ebriedad divina;

La posmodernidad trajo consigo el aniquilamiento de las vanguardias, las artes, las ideologías y la revolución, y un aumento compulsivo de las posibilidades individuales de elección, una revalorización del yo individualista y del consumo. En este contexto, es público y notorio que a ninguno de nuestros contemporáneos se le ocurriría entender la alteración de los estados de conciencia como algo más que un divertimento para el consumo;

La utopía contemporánea

En efecto, en los tiempos de mayor información acerca de la nocividad y los efectos negativos que produce la ingesta de tóxicos, nunca se había dado en toda la historia un consumo tan extendido y masivo de sustancias alteradoras de la conciencia.

Paradójicamente, en la era del relax posmoderno, en los tiempos de la cultura del bienestar, de la abundancia y el confort, se ha exacerbado el recurso a mitigar, a través del consumo de sustancias tóxicas, un evidente malestar consustancial a nuestras sociedades. Ninguna época había creado y consumido tantas drogas como la nuestra: legales e ilegales, blandas y duras, químicas y orgánicas, a tono con la exaltación consumista que propone nuestro tiempo. La estrategia para mantener el crecimiento del consumo y, por lo tanto, la reproducción del capital pasa, pues, por exacerbar el malestar en la cultura (...) El recurso al consumo compulsivo de drogas es, con frecuencia, el emblema del desengaño de muchos individuos que, habiendo sido convocados por la publicidad a la fiesta del consumo, una vez en ella, su lugar es el de espectadores de una abundancia y un derroche del cual no participan;

La búsqueda de estados alterados de conciencia como práctica ritual, mística y existencial parece no ser la premisa de éstos tiempos. Ya nadie invierte en los principios de trascendencia que rigieron los tiempos modernos: hoy prima el individuo y se desvanece lo social y grupal, el ocio reemplaza al esfuerzo y el goce y el placer en el aquí y ahora prorrogan el lejano futuro. Si la cultura pop está asociada al concepto de consumo, esta época confusamente denominada posmodernidad propone una institucionalización de la adolescencia, como el segmento etario que eterniza el consumo. En estos tiempos, un proceso de adolescentización inunda la sociedad, y un nuevo mandato se ha sumado como imperativo: ser joven, categoría que garantiza prestigio, descompromiso y placer duraderos. La adolescencia en la posmodernidad ha pasado a ser un estadio ideal en el cual instalarse definitivamente, un territorio eterno a través del cual obviar el paso del tiempo. La posmodernidad ha propuesto a la adolescencia como modelo social, y a partir de esto se ha adolescentizado a la sociedad misma.

Es por eso que la droga emblemática de estos tiempos parece ser el éxtasis, la mejor metáfora de la cultura de la posmodernidad, definida por su sacralización del poder, su intolerancia a la frustración, la idealización de los jóvenes y la desvalorización de los mayores, y la peligrosa equiparación de autoridad con autoritarismo. Se extiende sin fronteras en un mundo sin adultos;

En los años treinta, en su obra *En busca de un nuevo placer*, Aldous Huxley llegaba a la conclusión de que la diversión y, por ende, el tedio del hombre moderno eran básicamente los mismos que los que habían experimentado los antiguos griegos y romanos, y proponía un imaginario producto sintético que haría felices y dóciles a las generaciones futuras, una droga que transfigurara al mundo y lograra que al despertar el hombre tuviera la cabeza ligera y el físico ileso.

Durante los años ochenta y noventa se extiende el consumo de una droga energizante conocida como éxtasis, una metanfetamina que provoca una profunda adicción, y que se impuso en la noche joven, en las discotecas de moda del mundo occidental. Comercializada en forma de pequeñas pastillas, de imagen inofensiva, provoca una sensación de empatía, de estimulación placentera y de una inusual energía con efectos prolongados. Sin dudas, el paraíso artificial en un mundo joven que ha logrado sacralizar el placer y el goce por sobre cualquier otro

proyecto de vida. Un mundo feliz, eufórico, alucinante, mágico, al alcance de la mano. La utopícea parece masificarse a un ritmo vertiginoso, paralelamente a la incomprensión de una sociedad cada vez más aislada y a un sistema mercantilista oportuno y vanidoso. El factor cultural parece ser hoy determinante en el indiscriminado aumento del consumo de estas sustancias: tanto el éxtasis –conocido como la droga del amor o droga de la marcha- como otros energizantes derivados de las anfetaminas, tan prohibidas como accesibles, tienen una imagen positiva en la valoración adolescente, por tratarse de una píldora pequeña, blanca, con aspecto de analgésico, y ser al mismo tiempo el gran estímulo que les abre las puertas de un mundo de placer adulto que desconocen y ansían.

En un documento encargado por la ONU en los años ’90 se alertaba acerca del riesgo inminente de las nuevas sustancias: “Las drogas sintéticas, como los derivados de la anfetamina, se convertirán en el siglo XXI en uno de los peores enemigos de la salud pública a escala mundial. El consumo podría adquirir carácter epidémico y constituir un riesgo mucho mayor que drogas clásicas hoy, como la cocaína, los opiáceos y el cannabis (marihuana). Basta una bañera como laboratorio, y hay recetas en Internet” .

En realidad, la droga conocida como éxtasis –o MDA (metoximetileno dióxido anfetamina) o MDMA- posiblemente tenga una historia de más de cien años, pero su uso no había atraído la atención. Hacia 1970 aparece tímidamente como un desinhibidor en terapias alternativas. En los años ochenta se produce su lanzamiento triunfal en la resplandeciente Europa, precisamente al calor de las concentraciones masivas que los anglosajones denominan rave, y también en las parties yuppis donde impera el diseño. El nombre mismo evoca un estado del alma embargada por un sentimiento de admiración o alegría, y ajena a todo lo que no es objeto de esos sentimientos, según la define María Moliner. Droga de síntesis –asociada al declive del alcohol y las drogas duras- con concomitancias místicas y aire new age, que religa con el misterio sin exóticos rituales y de forma hedonista y placentera , el éxtasis representa al conjunto de sustancias sintéticas estimulante-empático-alucinógenas que dictan las nuevas pautas del consumo de sustancias tóxicas.

Si los años setenta fueron psicodélicos (LSD) y los ochenta anfetamínicos (cocaína), entrados los años noventa el éxtasis ha pasado a ser una de las drogas recreativas más populares, al producir una especie de síntesis entre ambas, ya que combina el efecto de los alucinógenos con el de las anfetaminas. Catalogada como droga blanda –por su creencia de que no genera adicción- se trata de una sustancia que produce, sin embargo, una gran dependencia psicológica: actúa sobre la serotonina, un neurotransmisor químico cerebral –conocido como transmisor del humor- cuya abundancia en el cerebro produce estados de alegría y apertura hacia los demás, pero cuyo agotamiento –por excesivas dosis de la sustancia- provoca cuadros depresivos que reemplazan a la euforia.

La droga techno por excelencia se ha asociado a la moda de los rituales colectivos del imaginario adolescente y joven, las discotecas, y constituye el medio estimulante más apto para adaptarse con éxito a su propuesta y su estética: aumento de locuacidad, desinhibición, euforia, excitación sexual, energía, alucinaciones visuales y auditivas y disminución del apetito y el sueño. Pero, a su vez, altera el sistema de señales del individuo, y provoca efectos adversos tales como temblores, náuseas, aumento de la frecuencia cardíaca, deshidratación, y estados de paranoia, ansiedad, insomnio y pánico. Esta droga -al igual que todas las de diseño- es un fármaco sintético producido en forma clandestina, por lo que carece de todo control y las dosis oscilan enormemente según el fabricante. “La mítica revista The Face decía, en una entrevista en donde testimoniaba algunos casos de fallecimientos por ingesta de esa sustancia, que ‘comprar éxtasis es jugar a la ruleta rusa’ (...). La Éxtasis-Cultura para algunos comienza a degenerar a medida que se hace masiva y ha creado ya una red de poder mafioso ligado a las bandas que se disputan el negocio de su distribución y venta. Otros la proclaman como el chamanismo del cambio de milenio” .

La masificación del consumo de las drogas duras ya había producido un profundo cambio socio-cultural hacia los años ochenta, en donde pasan de tener unas connotaciones de elitismo contracultural a percibirse como un verdadero conflicto social. De allí que haya cristalizado el estereotipo del drogadicto a través de su identificación con la cultura de la marginalidad. Pero, a diferencia de esto, “los jóvenes que consumen éxtasis u otras pastillas pueden ser, de lunes a viernes, excelentes promedios en la universidad, noveles profesionales destacados que combinan el alto compromiso semanal con un desenchufe garantizado –artificialmente- de sábado y domingo. Viven en sintonía con los valores de culto: eficiencia y bajo nivel de conflictividad” .

Cuerpo y (des)control

En las sociedades tradicionales o primitivas, el cuerpo constituía un referente central y directo de la vida social: con su presencia permanente en la cotidianeidad –trabajos, juegos, habilidades corporales, rituales religiosos, sexo- lo corporal jugaba un papel sustancial en el colectivo de esas sociedades. A decir verdad, el primitivo no distinguía “entre el hombre y el cuerpo como lo hace el modo dualista al que está tan acostumbrada la sociedad occidental. En las sociedades tradicionales el cuerpo no se distingue de la persona (...) El cuerpo moderno pertenece a un orden diferente. Implica la ruptura del sujeto con los otros (...) El cuerpo occidental es el lugar de la cesura, el recinto objetivo de la soberanía del ego” ; .

En las sociedades urbanas se ha producido, por un lado, una pérdida de centralidad del cuerpo, en el sentido de que está mucho más mediatizado que en las sociedades tradicionales; y por otro, un control más rígido de la corporalidad –quizá relacionado con los roles de la especialización social-, una expresión no tan directa, o mucho más vicaria, de las emociones . Hay un control corporal que se exige institucionalmente (en la escuela, en el trabajo, o incluso en la calle) y que contrasta con determinadas zonas de permisividad corporal, como el espacio privado, doméstico, o las discotecas.

Después de la lógica racional de la modernidad y de la rigidez e inflexibilidad totalitaria, el hombre occidental descubre una nueva relación respecto del cuerpo. Más allá de la preocupación posmoderna por éste y por su estética e interés hedonista, la utilización de sustancias estimulantes se inserta dentro de un contexto social que ha sido fragmentado, en una sociedad que reprime la expresión de las emociones a nivel corporal y se caracteriza por el predominio de las relaciones sociales duras.

Lejos de las experiencias psicodélicas, místicas y contraculturales que marcaron los años sesenta y setenta, durante los ochenta, en una época que ya rechazaba los valores solidarios de la cultura del trabajo tradicional e impulsaba la competencia individualista a ultranza, se produce un aumento singular en el consumo de drogas como la cocaína, con su aureola de éxito, la droga de la performance, del joven ejecutivo agresivo, del ‘acelere’;, de la actividad frenética de los ochenta. Lo que ya marca una diferencia en torno al control corporal.

La cocaína parecía simbolizar, con sus connotaciones de agresividad y status, la resistencia al control social del cuerpo, especialmente en los sectores económicamente más acomodados (en los estratos intermedios y marginales se utilizaban por entonces otros estimulantes que eran versiones más proletarias de la coca, como hipnóticos y distintos tipos de anfetaminas). Por aquellos años, la cocaína se consumía de manera discreta, de un modo ritual, ya colectivo, ya individual, en la alta sociedad. Pero, al masificarse su consumo, se expande hacia las otras capas sociales, y termina produciéndose un fenómeno de asociación –exacerbado por los medios- entre droga y marginalidad.

El psiquiatra Ricardo Grimson postuló que, si en los años sesenta la ingesta de drogas era marginal y contestataria –un sinónimo de rebeldía-, en los noventa se convirtió en adaptativa y conformista. Hoy la droga calza justo en un sistema dirigido hacia el consumo inútil e ilusorio, porque “vende la ilusión de estar a la moda y tener fuerza, picardía, facilidad para superar todas las trabas” ; .

Aquella masificación del consumo de drogas como la cocaína –y la consiguiente imagen cultural asociada a la inseguridad ciudadana y el delito, más allá de su verdad o verosimilitud- logró la emergencia de nuevos consumos, como el éxtasis, y demás drogas de diseño, emparentadas con la asepsia y un bajo perfil de conflictividad.

La fragmentación social, una característica distintiva de la posmodernidad –“hemos pasado de estar encuadrados en sistemas sociales dotados de una cierta estabilidad/continuidad, a vivir en sociedades con condiciones que tienden a la segmentación de nuestra vida cotidiana - ha extendido los espacios de permisividad en el consumo de las drogas de diseño, íconos de la época, como un intento de recomposición del individuo en busca de aquellos elementos ausentes en una sociedad fragmentada.

La droga-símbolo de la posmodernidad es adolescente, y no plantea ninguna búsqueda de identidad –en el sentido de pertenencia ideológica, como había ocurrido con otras drogas en diferentes épocas-, permite recuperar las emociones en las relaciones interindividuales a través de la empatía, bucear a fondo en la propia individualidad y liberar el yugo del control social del cuerpo, a través de una expresión corporal frenética simbolizada por el baile en las discotecas, la hiperestimulación sensorial a partir de la música y los efectos lumínicos. Por otra parte, la práctica del consumo de drogas de diseño suele realizarse en toda su plenitud si se está completamente inmerso en la multitud de iguales, en la propia tribu, como un referente generacional.

Finalmente, sus efectos alucinógenos podrían facilitar una cierta recomposición del yo después de la fragmentación provocada sensitivamente por ellos .

Paradójicamente, en una época en que se da un control de la corporalidad a partir de la fragmentación social, en la posmodernidad el cuerpo se ha des-controlado. Devenido en mercancía –en una cultura en que ésta opera como paradigma, la cultura del consumo- el cuerpo se ha convertido en un objeto más, un utensilio, algo que se explota, se vende, se intercambia, se manipula, se refacciona, se derrocha:

“Esta relación instrumental con el cuerpo –dice Jaime A. Carmona - pone a la orden del día el hecho de explorarlo como territorio de goces recónditos mediante la administración de sustancias. La droga deviene un medio para eliminar al otro en la búsqueda de goce, y da lugar a una experiencia autoerótica en la cual el cuerpo mismo es consumido como una mercancía. Esta nueva ética instrumental que rige la relación con el cuerpo en nuestra época contempla la opción de consumirlo desenfrenadamente como se suele hacer con las mercancías, y puede también entrar en el vértigo de la obsolescencia que caracteriza hoy la vida de aquellas”.

En la cultura del consumo, un cuerpo des-controlado parece ser la meca para los buceadores del paraíso artificial.

Fuentes

Enrique OCAÑA, El Dioniso Moderno y la farmacia utópica, Barcelona, Anagrama, 2001.

Louis PAUWELS – Jacques BERGIER, El retorno de los brujos, Biblioteca Fundamental Año Cero, Madrid, 1994.

En “El Nacional”, Huxley y los Utopiáceos: Soma, Mescalina, LSD, Suplemento “El Dominical” N° 236, en <http://mural.uv.es/lozano>

Jacobo LOPEZ PAVILLARD, Los enteógenos y la ciencia, en El Mercurio, 04/03/2001. (www.mercurialis.com)

4 décadas de psiquedelia, en <http://www.imaginaria.org/dazil>

Entrevista a Juan Carlos Usó, por Patricia Godes, en <http://www.imaginaria.org>

J. C. AGUIRRE, El don de la ebriedad, en <http://www.imaginaria.org> y en Associació Lliure Antiprohibicionista (www.nodo50.org)

Jaime Alberto CARMONA, Toxicomanía y sociedad de consumo, en “Póiesis” N° 2 , Marzo 2001, Rev. Electrónica de Psicología Social de la Fundación Univ. Luis Amigo (<http://di.amigomed.edu.co>)

Joan OBIOLS y OBIOLS, Adolescencia, Escuela Secundaria y Posmodernidad, Kapelusz, Buenos Aires, 1994.

Claudia SELSER, El aguante a todo riesgo. La droga en la noche joven, en “Revista Viva”, Clarín Ediciones, Buenos Aires, 27/04/2003.

Rito de éxtasis colectivo en el sábado noche, en <http://www.infordeus.com/portico3>

David LE BRETON, Antropología del cuerpo y modernidad, Buenos Aires, Nueva Visión, 1995; en Marta LOPEZ GIL, Zonas filosóficas, Buenos Aires, Biblos, 2000.

Oriol ROMANÍ, Las drogas. Sueños y Razones, Barcelona, Ariel, 1999; en La Construcción Social del “problema de la droga”: el caso de España (Universidad de Barcelona).

Victoria ARDERIUS y Javier FEBRE, Drogas sin Sol, en “Clarín”, Suplemento “2°

Sección”, Buenos Aires, 20/10/1996.

Datos del autor:

Gabriel Cocimano (gcoci@tutopia.com) nació en Buenos Aires el 10 de diciembre de 1961. Licenciado en Periodismo (Universidad Nacional de Lomas de Zamora), ensayista e investigador en áreas culturales, ha publicado numerosos artículos en medios gráficos nacionales e internacionales (Todo es Historia, Sumario, Gazeta de Antropología de España, entre otros) y expuesto algunas teorías en eventos educativos (VI Congreso Latinoamericano de Folklore del Mercosur). Productor de radio, participó en espacios independientes (Radio Cultura FM 97.9 y FM 95.5 Patricios) abordando diversas temáticas: arte, salud, música ciudadana y espectáculos. (Consultar página personal: <http://personales.ciudad.com.ar/gcocimano/index.htm>)

Este Documento es parte de una publicación literaria por parte de:

- "La Guirnalda Polar"

Redvista Electrónica de Cultura Latinoamericana en Canadá

Redvista es: (una "revista" que se publica en el internet)

- Número de la Publicación: 85
- Título de la Publicación: Cercanía y distancia
- Titulado: Drogas y posmodernidad - Los buceadores del paraíso artificial
- Género: Artículo
- Autor: Gabriel Cocimano
- Año: 2003
- Mes: noviembre
- URL: <http://lgpolar.com/page/read/429>

Este número también contiene los siguientes documentos:

- pendiente8

Artículo por pendiente8

<http://lgpolar.com/page/read/327>

- Pescados

Cuento por Oswaldo Perez Cabrera

<http://lgpolar.com/page/read/427>

- La alquimia

Artículo por Alejandro Sicardi

<http://lgpolar.com/page/read/428>

- Drogas y posmodernidad - Los buceadores del paraíso artificial

Artículo por Gabriel Cocimano

<http://lgpolar.com/page/read/429>

- Un mar de distancia.

Poesía por María Victoria Eraso

<http://lgpolar.com/page/read/433>